

*NEW YORK TIMES* BESTSELLING AUTHOR

**DAN WELLS**

**NEXT  
OF KIN**



**A John Cleaver Novella**



***Pariente más cercano***

Una novela por

**Dan Wells**

Copyright © 2014 por Dan Wells. Todos los derechos reservados. Publicado en los Estados Unidos de América por Fearful Symmetry, LLC.

Diseño de portada por Chersti Nieveen.

Se trata de una obra de ficción. Los nombres, los personajes, las empresas, los lugares, los acontecimientos y los incidentes son los productos de la imaginación del autor o se utiliza de una manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es puramente coincidente.

## **Dedicación**

Este libro está dedicado a Ben Olsen, quien me dijo que dejara que explotara la bomba. No en este libro, en uno diferente, es como voy a poner un spoiler justo aquí en la dedicación. Venga.

## **Expresiones de gratitud**

Este libro existe debido al trabajo duro y sobre todo la invaluable experiencia de muchas personas. Entre ellos mi asistente, Chersti Nieveen, quien ofreció sugerencias sobre el manuscrito, diseñé la cubierta, y manejé mil otras tareas relacionadas con el negocio para que pudiera tener tiempo para escribir. La edición y prueba fueron realizadas por Angela Eschler y Heidi Brockbank, y la producción se llevó a cabo en una precipitación ridícula -aunque con precisión impecable- por Christopher Bigelow, Eugene Woodbury y Ben Crowder. Otro consejo útil fue dado por Steve Diamond, Maija-Liisa Phipps, y mi encantadora esposa, Dawn Wells.

Más que nadie, este libro debe una deuda de gratitud a mi abuelo, Lowell Alley Wells, que fue uno de los hombres más grandes que he conocido, y cuya mente fue comido vivo por Enfermedad de Alzheimer. No creo que podría haber llegado a ser un escritor de horror sin vivir ese horror. Abuelo, me alegro de que estés en un lugar mejor ahora. Saluda a mi abuela por mí.

# Capítulo Uno

Me morí otra vez anoche.

Su nombre era Billy Chapman, encontrado en un banco de nieve a la sombra de un garaje de estacionamiento, y cuando bebí sus recuerdos, su muerte se convirtió en la mía. Recordé tropezar fuera de la barra, en el mordisco frío a través de una espesa niebla de alcohol; Recordé resbalar sobre el hielo y el repentino, agudo dolor. Recordé todos los treinta y cinco años de la vida de Billy: su trabajo y su jefe y su coche que no trabajo y su esposa Rosie.

Oh, Rosie. La amaba más que nada en el mundo, y con sus recuerdos, yo también. Ninguno de nosotros volvería a verla.

La policía dijo que morimos de exposición, y eso es bastante común en estos días. En un buen invierno como este, la mayoría de mis recuerdos provienen de borrachos que nunca llegaron a casa, o vagabundos sin hogar que nunca llegaron a ninguna parte. En un clima más cálido muero de otras maneras, pero año tras año, mi historia es la misma. Vivo de muerte a muerte, a veces dos semanas, a veces tres, aguantando mientras yo puede mientras que mi cerebro se desliza lejos como la arena en un reloj de arena, grano por grano, flojo y que se desmorona, hasta que yo apenas puedo recordar mi propio nombre y tengo que encontrar otro. Bebo sus mentes como un temblor adicto, desesperado y avergonzado.

En los viejos tiempos, solía matarlos yo mismo, rematando mi memoria siempre y cuando quisiera, pero esos días no duraron mucho. Los otros me llamaron un tonto por amarlos, estos pequeños mortales con sus pequeñas vidas, pero nunca entendieron que yo era uno de ellos ahora. Que mi mente contenía cien mil seres humanos, y cualquier fragmento que fuera yo -mi verdadero yo- se había perdido para siempre en esa multitud abrumadora. He vivido como banquero en Nebraska, como soldado de la confederación, como marinero portugués en la Era de la Exploración. Yo tejía seda en las antiguas dinastías; yo luce y morí en las orillas del Nilo. Los recuerdos se hunden y salen a la superficie como restos flotantes, más dolorosos cada vez. ¿Cómo puedo matar a mi propio corazón? ¿Cómo puedo lastimarlas cuando sus alegrías se convierten en mías? Así que espero su muerte, y luego yo bebo en paz.

Y mi mente está llena de muerte.

A veces muero pacíficamente, a la deriva mientras duermo. Estas son las muertes más fáciles, especialmente si saben que está llegando, y mi familia está muy cerca, y hablamos y nos reímos y pensamos en los viejos tiempos, y luego cierro mis ojos y sonrío y sueño. Éstos son los más fáciles, pero son demasiado raros para contar. La mayoría de mis muertes están llenas de dolor y miedo: cinco interminables y desesperados segundos en un automóvil en marcha, o cinco meses agonizantes en un goteo de quimioterapia y una nube de analgésicos. Incluso he sido asesinado, más veces de lo que puedo recordar. Cada vez, sin embargo, cada vez, la muerte misma nunca es la peor parte. Irte nunca es tan malo como la gente que dejas atrás.

Oh, Rosie.

## Capítulo Dos

No tengo muchos amigos, como usted puede sospechar. Las personas que conozco -o la gente que creo conocer-, no me conocen, y he aprendido de experiencias dolorosas que esos lazos artificiales es mejor dejarlos solos. En cuanto a los otros como yo, los Dotados que pueden hacer las cosas que hago, no tengo tiempo para ellos. Tampoco para humanos o dotados, e incluso aquellos que comparten mi desdén por la sed de sangre de los otros -los que llamamos malditos o marchitos o perdidos-, realmente no tienen un lugar en mi mente llena de brechas. Los evito como evito a todos los demás. Sólo hay una conexión que mantengo, un hombre llamado Merrill Evans, y después de beber los recuerdos de Billy Chapman, visité Merrill al día siguiente. A menudo lo visito después de una muerte. El anciano me entiende, aun si se da cuenta o no. De cualquier manera, le debo, y es lo menos que puedo hacer.

Aparqué mi coche en el pequeño lote detrás del Centro de Vida Asistida Whiteflower y entré. Eso olía a desinfectante de manos y oxígeno enlatado, y el aire crujía con esa combinación imposible de reverente silencio y risas demasiado bulliciosas de niños nerviosos, hablando con sus seres queridos en un pastiche exagerado de las mismas conversaciones que tenían veinte años antes.

“¿Cómo estás, papá? Soy yo, Brian, tu hijo. No, Gordon no está aquí, ese es tu hermano. Él murió hace treinta años”.

“Hola mamá. Dije: 'HOLA MAMÁ, ¿CÓMO ESTÁ USTED?' Di hola, Maddy, pero dilo fuerte para que pueda oírte. MAMÁ, ELLA ES MADISON. Dile hola, cariño”.

“¿Recuerdas nuestra vieja casa en la tercera? La casa más grande del barrio, y mi madre lo mantuvo tan limpio. ¿Alguna vez fuiste a esa casa? Oh, fue maravilloso, con una puerta de hierro forjado y las rosas más hermosas en un enrejado blanco brillante en la pared. ¿Recuerdas cuando te pinchaste el dedo allí?”

Me quedé en el mostrador de recepción y la enfermera sonrió. “Hola, señor Sexton. ¿Cómo está hoy?”

“Estoy bien, gracias. ¿Cómo está Merrill?”



“Estoy segura de que va a estar genial ahora que estás aquí”. Su voz era desgarradora, pero una pizca de acidez se arrastraba en ella mientras hablaba. “Desearía que su familia lo visitara con tanta frecuencia como usted. ¿Sabe que tiene tres nietos? ¿Y su familia casi nunca lo visita? Los nietos más lindos que jamás hayas visto. Estuvieron aquí durante el verano”.

“Estoy seguro de que vendrán cuando puedan”, le dije.

“Podrían venir más seguido”, dijo, sacudiendo la cabeza y cogiendo el teléfono. Saco mi mano para detenerla.

“No te molestes en llamar, no es bueno por teléfono. Sólo me apareceré”.

“Eso está bien” dijo. “Sabe el camino”. Ella sonrió, y yo sonreí de vuelta, pero sólo conseguí un paso antes de que ella me llamara.

“¿Señor Sexton? ¿Me recuerda de nuevo cómo conoció al señor Evans?”

“Lo conocí una vez,” dije, “no mucho antes del... Alzheimer. Él fue un buen hombre”.

“Estoy seguro de que lo era” dijo. Ella sólo había trabajado aquí unos años, así que ella no sabía mucho de nosotros.

Me volví de nuevo, mi mirada rodando por el vestíbulo lleno de visitantes y residentes y me detuve en uno en particular: un adolescente, flaco en su abrigo holgado, con el pelo negro y raído que parecía casi deliberadamente no pintado; Su propia rebelión privada contra su madre o abuela o quien sea lo hizo venir aquí hoy. No estaba hablando con nadie, solo sentado en la esquina, esperando. Inexpresivo. Anhelaba, a veces, esa falta de sentimiento. Haría tantas cosas mucho más simples.

Whiteflower era uno de los Centros de Vida Asistida de estilo nuevo, más como un hotel que como un hospital. Merrill Evans vivía en la habitación 312; Un jarrón de color rojo oscuro estaba puesto en el estante frente de su puerta, una especie de gancho para ayudar a los residentes a encontrar sus habitaciones cuando no pueden recordar el número. Merrill lo consiguió en un viaje a San Francisco con su esposa, y lo recuerda a veces. Llamé a su puerta y esperé mientras él se acercaba lo suficiente para gritar.

“¿Quién está ahí?”

“Es Elijah.” No es mi verdadero nombre, pero es el que he estado usando los últimos veinte años más o menos. El único que me conocería, si me conociera.

“¿Quién?”

Así que no me conocía hoy. “Soy tu amigo, Merrill. He venido a hablar contigo”.

“Todos mis amigos murieron en Vietnam.”

Lo poco que recordaba cambiaba día a día; Hoy parecía que recordaba la guerra. "Ustedes lucharon en la Ofensiva del Tet", le dije. "Yo luché allí, también." Ni siquiera era una mentira.

Él gruñó y abrió la puerta, pero su cara arrugada frunció el ceño cuando me vio. “Vete al infierno, no peleaste en 'Nam. Ni siquiera habías nacido aún”.

“Tengo un rostro joven” dije, lo cual tampoco era una mentira técnicamente. Había mirado alrededor de cuarenta años por siglos.

Merrill gruñó un poco más, pero abrió la puerta. “No hay nada más que hacer en este lugar”, dijo, y caminó hacia su sillón reclinable, lenta pero firmemente. Su mente se había ido, pero su cuerpo seguía siendo fuerte; Él tenía sesenta y cinco años, más joven que la mayoría de los residentes en el edificio, pero el comienzo temprano del Alzheimer era bastante común, y él no podía cuidar de sí mismo, así que aquí estaba. Saludable como un caballo, vacío como un tambor.

“¿Trajiste mi almuerzo?” preguntó.

“Me temo que no” dije, cerrando la puerta detrás de mí y cogiendo su teléfono. “¿Te gustaría pedir algo?”

“Si no tienes mi almuerzo, ¿por qué estás aquí?”

Y así comenzó la espiral lenta de la conversación. “Yo soy tu amigo. He venido a hablar contigo”.

“Cierto” dijo él, agitando suavemente con la mano, como si limpiaran la mugre de algunos invisibles ventanales. “Recuerdo que acababas de decir eso”. Sus palabras contenían una mezcla de vergüenza y rabia, el último causado por el primero. Sabía que no podía recordar nada y lo odiaba; Estaba avergonzado y enojado con todo en el mundo –con él más que con todos- ¿a quién más podría él

culpar? Fue el gesto más desgarrador del mundo, el tono de voz más doloroso que jamás se escuche, pero fue una de las razones principales por las que vine aquí. Dentro de tres semanas, como la arena en mi mente filtrada de distancia sin descanso, me gustaría hacer el mismo gesto, decir lo mismo. *Me acuerdo.*

La mentira más grande del mundo.

## Capitulo Tres

Trabajé en la morgue, conduciendo el coche fúnebre durante el turno de noche, porque era la mejor manera de quedarme en constante y no sospechoso acceso a los recientemente muertos. Era un trabajo estable, y si me mantenía fuera de contacto con el resto del mundo, no importaba. Mucho mejor en realidad. Cerré las persianas y dormí durante el día, y por la noche trabajé en el garaje, manteniendo nuestros tres cofres, manteniéndolos limpios y listo. El hombre en el turno de día era bastante agradable. Su nombre era Jacob, y yo le hablaba a veces cuando llegaba a trabajar y él se iba. A veces se enfermaba y me pedía que cubriera su turno, pero siempre hacia otros arreglos, incluso pagando por un tiempo de mi propio bolsillo. Sabía demasiados de los muertos, y conocía a sus familias, y no podía soportar verlos llorar por mí cuando yo estaba allí, vivo y bien, ¿y por qué estás llorando por mí? Dejemos este lugar y nunca más regresemos. Mi propia esposa e hijos y padres y amigos, tan reales en mis recuerdos como siempre en los recuerdos de los muertos. Nunca había ido a mi propio funeral, pero sabía que la tentación de hablar con sus seres queridos sería fuerte, así que me quedé lejos.

Por eso fue una sorpresa, una semana después de Billy Chapman, cuando vi a Rosie en el supermercado.

Mi carro estaba lleno de pepinos y aceitunas y alcaparras y queso feta, porque me había pasado un abrigo de piel de oveja en el pasillo, y recordé mis días en Creta con tal claridad cristalina y visceral que me hizo llorar, y quería una comida como la que comíamos en los viejos tiempos. Estaba caminando a la salida, preguntándome si sabría bien, si los ingredientes americanos tenían el mismo sabor, o si mi recuerdo de alguna mágica ensalada Ur dominara cualquier ensalada verdadera que intenté recrear, cuando de repente allí estaba ella, llegando a la línea al mismo tiempo que lo hice, tan familiar a mi lado como siempre había sido, y le dije hola sin ni siquiera pensar en ello. Ella asintió con la cabeza, amistosa pero distante, con una tristeza en sus ojos que rompió mi corazón. Abrí la boca para preguntar qué estaba mal antes de recordar que su marido estaba muerto, el pobre Billy en el suelo tres días, y no fui yo quien se acordó de ella sino de él, y ella no sabía quién era yo. Mi mano ya estaba acercándose a la suya, y la retiré con terror.

Rosie, aquí, real y física y *aquí* mismo.

“¿Estás bien?” Su voz era triste, triste y preocupada, así que Rosie se sentía preocupada por los demás cuando ya estaba en tanto dolor. Había oído esa voz en mañanas perezosas, en canciones alegres, en gritos de pasión, en lamentos de corazón que nunca podríamos tener hijos. Me encantaba esa voz, pero no era para mí, y me sentía como un voyeur incluso pensando en ello, pero no podía parar. Traté de hablar, pero no pude decir una palabra, y ella me preguntó de nuevo, "¿Estás bien?" Sabía que tenía que hablar o simplemente seguiría hablando. Quería dejarla, pero sabía que estaba mal.

“Lo siento”, dije, tirando de mi carro hacia atrás. “Por favor, primero. Encontraré otra salida”.

"Eres muy amable", dijo, y traté de sonreír, pero tuve que alejarme para ocultar las lágrimas en mis ojos.

Mi Rosie, que nunca fue realmente mía. Dejé el carro en el siguiente pasillo, y luego salí de la tienda, caminando lentamente para no hacer una escena. Su coche estaba allí en el estacionamiento, el mismo color que había visto cien veces, la misma pegatina de parachoques que le había rogado que no llevara, la misma caja de pañuelos que había estado en la ventana trasera durante años. Me volví y caminé la dirección opuesta, dejando mi coche, tropezando con el hielo, parte de mí gritando para volver a ella y la otra parte insistiendo en que no, nunca podría verla de nuevo, ella no era realmente mi esposa, No había nada que pudiera hacer. ¿Qué podría decir? “Hola, no me conoces, pero te conozco desde hace diez años y estuve casada contigo por ocho, y soy tu marido, yo soy Billy, lo siento mucho que me fui”. Llamaría a la policía. Ella se pondría a correr y gritar que yo era un maniático, que yo era un acosador, que yo era un psicópata. La amaba demasiado para hacer eso.

Caminé por las calles durante dos horas heladas, temblando en mi abrigo, mirando las luces de la calle a través de la nieve. Cuando volví a mi coche, se había ido.

## Parte Cuatro

Una semana después no pude encontrar mis llaves, y sabía que estaba empezando. Es una cosa bastante simple, perder las llaves, pero reconocí las señales, y supe que la arena se estaba deslizando lejos del reloj de arena. Los recuerdos a corto plazo fueron los primeros, pero incluso los recuerdos a largo plazo desaparecerían si esperaba demasiado. Me sentía a veces como Merrill, olvidando de vez en cuando quién era yo, pero recordando, de la nada, algún acontecimiento o persona antigua en la que no había pensado en siglos. Hace mucho tiempo que había olvidado mi original yo, todo lo que me quedaba estaba empedernido de los pocos recuerdos que quedaban, un conjunto cambiante de puntos de contacto y puntos de anclaje que era todo lo que me quedaba de una identidad real.

Cuando encontré las llaves, saqué mi correa del cajón de la mesa lateral y las puse en mi cinturón. Me preparé un almuerzo para llevarlo al trabajo, sellándolo cuidadosamente en un recipiente de plástico, y cuando abrí mi bolsa para ponerlo, vi otro contenedor de plástico ya sentado allí, no de treinta minutos. Puse una nota en el segundo almuerzo, explicando su existencia a mi futuro yo, y me fui a trabajar. Dije hola a Ted, y él me dijo que su nombre era Jacob, que Ted había renunciado hace dos años, y me disculpé por el desliz.

“Por supuesto. Recuerdo”.

Había elegido esta ciudad por su tamaño: lo suficientemente grande como para tener un flujo constante de muertos, pero lo suficientemente pequeño como para que la mayoría de esos cuerpos provinieran de causas naturales. He muerto de enfermedad cardíaca más veces de lo que puedo contar. La tasa de mortalidad en nuestro condado es de alrededor de 10.000 por año, que es algo más de 27 por día; Cerca de la mitad están en la ciudad misma, compartida entre dos docenas de morgues y mortuorios, lo que da a los míos un nuevo cuerpo cada cinco o seis días en promedio. Habíamos tenido uno el día anterior, pero había elegido esperar. Yo no estaba mal todavía, y la mujer se había ahogado, que es una muerte que trato de evitar cuando puedo. Mi memoria siempre parecía erosionarse más rápido hacia el final, sin embargo, yo necesitaría beber la próxima mente.

Revisé los controles de mantenimiento de los tres coches, encontrando consuelo en la cómoda rutina de leer listas y cajas de cheques. Era simple, la misma rutina cada vez. No había nada que recordar, así que no tenía nada que olvidar. Cuando terminé, me senté en la oficina haciendo Sudoku, doblando el pequeño libro de papel por la mitad y lamiendo la punta de mi lápiz como un viejo. Problemas de lógica y juegos de estrategia se supone que son buenos para la retención de la memoria, el ejercicio de su cerebro como un músculo, pero no sé si he visto alguna ventaja de ella. Ni siquiera sé si las reglas estándar se aplican a mi neuroquímica. Había estado haciendo Sudoku durante tantos años, dudo que ejercitara mi cerebro en absoluto, independientemente; Fue una acción tan importante como la lista de comprobación de los coches de combate. Cuando sonó el teléfono suspiré aliviado, tomé cuidadosamente notas sobre dónde recoger el nuevo cuerpo y me fui.

Otro borracho, sin hogar esta vez. Encontraron su cuerpo junto a un paso elevado, a unos cincuenta pies o más del nido de mantas que probablemente era su hogar. Estaba varios grados bajo cero, y su cuerpo carecía de signos de ataque, por lo que la declararon otra muerte accidental por exposición.

Su memoria contaba otra historia.

Su nombre era Frank McClellan, y creció en California; Caminamos en las playas como un niño, descalzo y bronceado, pero nunca nos había gustado nuestro padre y los recuerdos de nuestros gritos quemados como carbones dentro de mi cráneo. Habíamos salido de casa a los dieciséis años, viajando aquí y allá por todo el país, volviendo a conectar con nuestra hermana durante unos años en los veinte años antes de volvernos a alejarnos de nuevo. Eventualmente habíamos caído en las drogas y la prostitución, aunque siempre habíamos estado orgullosos de habernos mantenido alejados del asalto y del robo. Sentí su orgullo, su soledad y el dolor de los huesos que parecía atormentarlo incluso en el verano, y luego ayer por la noche vi a un hombre acercarse a nosotros -su rostro casi enterrado en una gruesa bufanda negra- y un gesto hacia el Sombras con un fajo de billetes de dólar. Lo seguimos, sabiendo exactamente lo que se quería en la transacción sin palabras, y allí en la oscuridad nos mató.

El asesino fue uno de los Dotados.

No era ninguna sorpresa que la policía no hubiera visto nada, porque este dotado había tenido cuidado de no dejar rastro. Frank no había reconocido la oscura y lisa malla que llegaba de los pliegues de la bufanda del hombre, pero lo hice. Era como una rama de alma marchita, negra como el abismo del Infierno, y alcanzó a

través de la boca de Frank y por su garganta para perforar su corazón. Si alguien sospechara lo suficiente como para hacer una autopsia -y de alguna manera convenció al estado de que un vagabundo sin nombre valía la pena el dinero-, encontraría sus órganos internos cortados en rodajas o molidos o purificados, tal vez incluso desaparecidos por completo. Conocía el método con tanta seguridad como conocía el mío, el conocimiento no provenía de la memoria de Frank, sino de la mía. Había demasiados agujeros en ella para recordar los detalles: demasiados miles de vidas para tener alguna vez la esperanza de mantenerlos ordenados. Yo no sabía quién era este Dotado, pero yo sabía lo que él hacía, y yo sabía cómo. Y yo estaba profundamente, aterrorizado.

Pensé en el asesino de Frank durante el resto de la noche y todo el día siguiente, demasiado agitado para dormir. No se suponía que hubiera otro Dotado en esta área; había escogido mi hogar basado en la soledad y el sustento. Cuanto más lo pensaba, más concentré mis nuevos pensamientos sobre la imagen del asesino, más seguro estaba que Billy Chapman había visto al mismo hombre justo antes de morir. Había caído sobre el hielo, ya inconsciente en el momento en que el monstruo lo llevó, pero lo había visto primero, en las calles oscurecidas y en el bar antes de eso. Esto no era un par de muertes al azar, y no era un asesino errante que pasaba. Había un monstruo que acechaba nuestras sombras, ganando en energía y audacia, y las mazmorras más profundas de mi mente rata-roída gritaron hacia fuera en horror en su venida.

Pensé en ir a la policía, pero ¿qué lograría? No podía decirles lo que estaba sucediendo sin parecer loco, y no podía decirles cómo lo sabía sin parecer loco y peligroso. Perdería mi trabajo por lo menos y enfrentaría fuertes multas y cargos, posiblemente incluso terminando en la cárcel. De cualquier manera, perdería el acceso a los recuerdos que necesitaba para alimentar mi mente. En la cárcel, tendría que matar o perder mi memoria por completo, una experiencia desgarradora que podría durar décadas y exponer mis secretos al mundo. Si perdiera mi trabajo, tendría que dejar la ciudad, y quién sabe cuánto tiempo sería antes de que pudiera encontrar otra fuente lista de recuerdos.

Además, no podía arriesgarme a irme, porque eso significaría dejar al asesino a solas con Rosie. La amaba más -Billy la quería más- no sabía cómo pensar. No había visto a la gente que recordaba, de cerca y en persona, en años. En siglos, tal vez. Había crecido complaciente, dejando que mis cuidadosas medidas se hicieran más frívolas; Ahora que había visto a Rosie, y no podía dejarla. La amaba tanto como Billy lo había hecho, porque todo su amor era mío ahora, pero ahora que la había visto, yo también la amaba, lo que me quedaba dentro de la dispersa biblioteca de mi cerebro. Dejarla sola, con un asesino suelto era impensable.



Saber que protegerla, sería igual de malo.

## Capítulo Cinco

No sé si organicé mi próxima reunión con Rosie o no. No intenté encontrarla, pero tampoco traté de evitarla. Sabía dónde vivía, dónde trabajaba y dónde compraba; Conocía a todos sus amigos y familiares. Estas cosas y más eran los restos fríos de una vida que no era mía, pero eso no los hizo menos prominentes en mi memoria. Podría haber ido a su gimnasio, pero no lo hice; Podría haberla seguido en su carrera por el parque, pero no lo hice. No soy un acosador. Pero compramos en la misma tienda de comestibles, y no cambié este hábito, y tarde o temprano, quizás inevitablemente, nos volveríamos a encontrar.

Ella me habló esta vez, en la pálida luz de las bombillas fluorescentes brillantes. “Hola.”

Miré hacia arriba, no sorprendido o resignado o asustado o triste, pero de alguna manera todos ellos a la vez. Intenté ocultarlo. “Hola.”

“¿Estás bien?”, Preguntó. Siempre estaba tan preocupada por la gente. “Te vi aquí el mes pasado”.

“Me acuerdo”.

“Parecía...” Hizo una pausa. “No lo sé, tal vez necesitas ayuda. ¿Hay algo mal?”

Todo y nada, pensé. Sonreí, pero sólo débilmente, porque sabía que todo lo que estaba haciendo estaba mal. “Es muy amable de tu parte” dije “Pero estoy bien”.

“¿Estás seguro? No quiero molestarte, y sé que no es asunto mío, pero...” Ella dudó. “Bueno, acabo de perder a alguien muy querido para mí, y cuando vi tu cara, pensé... bueno, supongo que pensé que reconocí algo”.

Cerré los dientes, mordiendo la alegría que amenazaba con estallar en mi pecho - que ella me conocía, que ella se acordaba de mí pero yo sabía que no podía ser verdad, y esperé las siguientes palabras que cayeron en una impotente prisa.

“Pensé que reconocí un poco de mí misma”, dijo, “de mi pena, supongo que se podría decir, y pensé que tal vez aquí estaba alguien más pasando por el mismo tipo de dolor por el que yo estaba pasando, y tal vez él tenía a alguien para compartirlo con él y tal vez no lo hizo, y ciertamente no soy un niño de carteles

para la gestión de la pena de calidad, pero al menos tengo a alguien con quien hablar, tengo mis hermanas y mis padres y mis suegros, y tal vez estoy completamente fuera de la base con esto y estoy viendo cosas que no están allí, y probablemente te estás preguntando quién es esta psicópata que está tratando de descargar toda esta angustia en mí aquí en la sección de productos, y perdón por molestarte”.

“Yo también perdí a alguien”, dije suavemente. No sólo Rosie, sino cien mil más. “Estoy bien, sin embargo,” dije. “No estoy... lo que sea”.

“¿Estás seguro?” preguntó Rosie. Ella nunca pudo detenerse de ayudar a cualquier vecino enfermo o pájaro de alas rotas que cruzó nuestro camino, y sentí una aguda punzada de culpa que de alguna manera arreglé esto, que había conocido sus flaquezas y la atraía a propósito, incluso inconscientemente

Asentí. “Estoy bien”.

Ella me miró un momento y me pregunté si habría pasado por otro encuentro sin arruinar la vida de mi mayor amor, y si eso significaba que ella iba a dejarme ahora, otra vez, y me maldije por preguntarme qué sería peor. Mejor arruinar mi propia vida mil veces que herirla más de lo que mi muerte ya había tenido. Pero no me moví, y no hable, y luego ella dijo: “¿A quién perdiste?”

“Mi esposa.”

“Lo siento mucho”. Me puso una mano en el brazo, y me sentí morir de nuevo. Me mantuve inmóvil, mientras pude, pero era demasiado, y me alejé. Ella me miró con un nuevo dolor en los ojos. “¿Tienes otra familia? ¿Alguien con quien hablar?”

“Me salgo”, le dije, pero no fue una respuesta real, y ella lo sabía. Ella pensó por un momento, frunciendo los labios de esa manera, tan familiar que podía envolverme en el gesto como un abrigo cálido y suave.

“Estoy en un grupo de consejería”, dijo. “Como una terapia de grupo, pero no como hippy-dippy como eso probablemente suena”. Ella cavó en su cartera para buscar una tarjeta mientras hablaba, pero no encontró nada y finalmente escribió la dirección en un desecho de un recibo. “Si necesitas hablar con alguien, sobre cualquier cosa, nos encantaría tenerte. Todo el mundo es tan agradable, y creo que podría... bueno, sé que me ha ayudado. Aún me está ayudando”. Ella extendió el papel. “Por favor venga”.

Tenía reglas que seguir. Tradiciones que me habían mantenido a salvo, junto con toda la gente que amaba. Las vidas que tomas no son tuyas para vivir. La gente que echas de menos no es tuya. No les hables, no les digas la verdad, no les digas nada. Recuérdales porque tienes que hacerlo, pero no más. No los sigas, no los lastimes, no los arrastres al infierno de tu propia vida imposible. Pero había un asesino en la ciudad, un Dotado, un Maldito, un Marchitado. Quería proteger a la mujer que recordaba como mi esposa.

Había seguido estas reglas durante miles de años, pero las rompía todas por Rosie.

Tomé la dirección. “Gracias. Yo podría”.

## Capítulo Seis

“Meshara.”

Miré hacia arriba desde mi libro de rompecabezas para ver a un hombre de pie en la puerta de mi pequeña oficina en el garaje de la morgue y dos hombres más detrás de él en el pasillo. La palabra que usaban era familiar y desconocida al mismo tiempo; Una de las muchas cosas que había aprendido y olvidado en mi vasta vida de mosaico.

“¿Supongo que es un nombre?” pregunté.

“Típico” dijo el hombre, entrando y sentándose en la otra silla. Era increíblemente guapo, pero pulsando con poder salvaje, como una hiena disfrazada de dios; El tipo de asesino que fácilmente podría derribar a un antílope saludable, pero optó por romper los enfermos en pedazos. Él sonrió, mostrando sus dientes como para completar la metáfora en mi cabeza. “Pero comprensible, ¿no? Creo que la frase es: se ha olvidado más de lo que el resto de nosotros hemos aprendido”.

“A todos menos a Hulla” dijo uno de los otros hombres. Era más alto y más ancho, con una red de cicatrices en la cara que provocaba un recuerdo lejano y sin forma. El tercer hombre era muy delgado y silencioso.

Los Dotados habían venido por mí.

“Hulla ni siquiera pasa por ese nombre” dijo el primer hombre, recostándose en su silla. “Se llama a sí misma ‘Nadie’ ¿Puedes creerlo?”

“Llamaba”, dijo el segundo hombre

Suspiré y cerré mi libro. “No a todos nos gustan esos viejos nombres” le dije. “Elijah es lo suficientemente bueno para mí”.

“No debería serlo”.

“Ni siquiera recuerdo quién era entonces”, dije suavemente. “Ciertamente no puedo recordar mi nombre”.

“Meshara”, dijo de nuevo. “Y yo soy Gidri, y este es Ihsan y...”

“Sabes que realmente no tengo ningún interés en tu pequeño... Club con talento, o lo que sea”. Me encogí de hombros, sin saber muy bien qué más decir. “Le dije bastante la última vez, cualquiera que sea su nombre, cuando vino aquí hace unos años. Forman creo, nada ha cambiado desde entonces. Si algo ha cambiado es la dirección, y es menos probable que me una a ustedes ahora”.

“Kanta”, dijo Gidri, “o Forman, como insistes en llamarlo, está muerto.”

Me enderecé, sintiendo la importancia de sus palabras como un golpe en la cabeza. “¿Él es?” Miré al hombre alto Ihsan, Gidri lo había llamado así. “Y tú dijiste... Hulla, ¿también?”

“Y Mkhai” dijo Gidri “Y Jadi. Y, desde la semana pasada, Agarín”

“Agarín era...” Traté de recordar, luchando contra el vacío en mi mente. “Era una curandera”.

“Sólo en nombre”, dijo Gidri, “y no durante siglos. Más recientemente ella trabajó como enfermera, aquí mismo en tu propia ciudad”. Él sonrió de nuevo, mostrando sus dientes amarillos. “Si has recogido cualquier cuerpo infantil del hospital, usted ha visto su trabajo”.

Sacudí la cabeza, enfermo por la idea. “No tenía ni idea.”

“Eso es todo” dijo Gidri. “Estaba tumbada, como tú, como todos nosotros, pero ya no funciona. Ahora están peleando”.

“¿Quiénes?”

“Los humanos.” Gidri dijo la palabra con una mezquina mezcla de disgusto y emoción, como se podría referir a una pelea de perros. Una criatura que no valía más que desprecio lo había sorprendido con su competencia, y estaba prácticamente aturdido por las violentas implicaciones. Se sentó derecho en su silla, inclinándose hacia delante con fuerza fuertemente enrollada. “Nos han odiado mientras han sabido de nosotros, o por lo menos mientras no nos han estado adorando, pero ahora están luchando, no sólo uno, aquí y allá como solían hacerlo, es organizado. Un esfuerzo concentrado de exterminio”.

“Kanta se organizó primero” dije. “Él atrajo demasiada atención”.

“Si no fuera por Kanta, ni siquiera sabríamos que nos estaban cazando”, dijo Gidri. “¿Cuánto tiempo has estado solo? ¿Cuánto tiempo hacía que ninguno de nosotros tuviera metas más allá de nuestros instintos más bajos para esconderse y sobrevivir? Por todos sabemos que han matado a docenas más, todavía hay tantos Dotados que aún no hemos encontrado”.

“Bueno, me has encontrado, y estoy vivo”, le dije con firmeza, reabriendo mi libro de Sudoku. Miré nervioso al tercer hombre, cuyo nombre no había oído y que hasta entonces había permanecido en silencio. Miró hacia atrás, inmóvil, y miré a mi libro incómodamente. “Vuelve y dile a los demás que estoy bien, y mientras estés allí, diles que me dejen en paz”.

“Eres uno de nosotros”.

“Sólo en nombre”, dije, haciendo eco de su descripción de Agarín. “Siempre he estado más cerca de los humanos que de ti, incluso desde el principio”. Levanté la vista. “Ustedes se mantienen separados de ellos, pero yo no puedo. Los conozco demasiado bien, he sido ellos más de lo que he sido yo mismo”. Sacudí la cabeza con firmeza. “No me uniría a Kanta, y no me uniré a ti”.

“Nos están cazando”, siseó Gidri. “¿Les amas lo suficiente como para acostarte y dejar que te maten?”

“Yo...” Empecé y me detuve, sin saber qué decir. “Cuanto más matas, más verán de nosotros, y cuanto más ven, más nos odiarán. Están comenzando una guerra que sólo puede terminar de una forma”.

“¡Con la divinidad!” gritó, cerrando el puño sobre el escritorio. Bajó la voz y siseó entre dientes apretados. “Solían adorarnos, Meshara, ellos te adoraban. El dios de la sabiduría, el dios de los comienzos, el dios de los sueños. Ellos cantaron tu nombre en la oscuridad, bailando desnudos alrededor de los primeros fuegos del mundo antiguo, y ahora estás aquí, escondido, cansado y sin valor, tan asustado de vivir como tú estás muriendo”.

“Quizá sea hora de morir” dije, aunque mi voz era débil. No quise hacerlo, pero su descripción me hizo detenerme. ¿Para qué estaba viviendo? Después de miles de años y los reinados de los reyes y la subida y caída de las civilizaciones, ¿por qué seguía aquí, cuando no tenía planes más allá de la siguiente dosis de

memoria? Si mi única ambición era la ausencia de muerte, ¿era realmente una vida?

Recordé las esperanzas, los objetivos y los sueños de un sin número de seres humanos. No recordaba nada de mí. No había querido nada durante el tiempo que pude recordar... Hasta Rosie.

“La guerra está llegando” dijo Gidri, “lo quieras o no, y con ella viene la muerte: la tuya o la suya”.

“Estás hablando del fin del mundo” dije.

“Ahora lo entiendes” dijo Gidri. “O morimos, o reclamamos nuestro lugar como dioses”.

La voz de Ihsan era profunda y siniestra. “Adivina cuál elegiremos”.

El tercer hombre, afilado y siniestro, simplemente me observó desde la esquina.



## Capítulo Siete

“¿Quién está ahí?” preguntó Merrill.

“Soy yo, Elijah. Yo soy tu amigo”.

“¿Tengo amigos?” Él abrió la puerta, y su rostro estaba grabado con preocupación. “Ven aquí, donde no pueden oírte”.

Entré, preguntándome qué nueva paranoia estaba atravesando su cerebro.

Cerró la puerta en silencio, cerrándola detrás de él con dedos desorbitados.  
“¿Sabes dónde está mi casa?”

Hice un gesto a su habitación. “Esta es tu casa, Merrill”.

“¿Este lugar?” Me miró con los ojos muy abiertos. “Yo no vivo aquí. ¡Yo vivo en una casa! Necesito volver allí, o los vecinos empezarán a quejarse”.

“No hay nada de que quejarse”.

“¿Has visto la nieve allá afuera?” Él se arrastró hasta la ventana, abriendo un hueco en los listones de las persianas. “Necesito llegar a casa y caminar con pala, y estas personas no me lo permiten”.

“Tu hijo está sacando los caminos” le aseguré, aunque no era cierto. Su familia había vendido su antigua casa para ayudar a pagar la atención de Merrill aumentada en secreto por mis propios pagos. Era lo menos que podía hacer. Pero había aprendido a través de los años que cualquier conversación de vender su casa lo preocupaba, incluso más que no saber dónde estaba su casa; Había un eslabón en algún lugar, enterrado en su mente, que lo vinculaba a la idea de su casa con más fuerza que a la propia casa. Creo que fue el trabajo, no los ladrillos o el mortero, sino el esfuerzo que había puesto en mantenerlos. Mientras pensaba que alguien estaba cuidando de él, eventualmente se olvidaría de todo. Hasta que otra tormenta de nieve trajo la memoria jadeante a la superficie.

Me senté, esperando que la vista de mí relajante le ayudaría a relajarse también.  
“¿Cómo has estado, Merrill?”

“Ellos no me dicen nada aquí, y no me dejan ir.” Me miró con una mezcla de sospecha y vergüenza. “¿Has dicho que eres mi hijo?”

“Soy tu amigo, Merrill. Mi nombre es Elijah”.

“Entonces, ¿quién es mi hijo?”

“Tu hijo se llama David”.

“¿Y él está cuidando de mi casa?” Él podría estar tan concentrado en las cosas

“Claro que lo está. Toma asiento, Merrill. Dime acerca de tu día.”

Miró a la puerta y susurró en voz alta: “¿Crees que podrías sacarme de aquí?”

Suspiré, pero asentí con la cabeza. “No fuera del edificio, Merrill, lo sabes, pero puedo llevarte a pasear por los pasillos”.

“No quiero caminar por los pasillos” dijo amargamente. “Ni siquiera sé qué es este lugar”.

“Tú vives aquí.” Me levanté. “Vamos a caminar”.

“Y buena salida”. Empezó a buscar su chaqueta, no un abrigo pesado, como si fuera necesario; ni siquiera pensé que tenía uno. Le saqué la chaqueta ligera y la envolví en mi brazo.

“Deja que la sostenga para ti”. Abrí la puerta y la cerré de nuevo a su espalda mientras salía al pasillo.

“Odio este lugar”, dijo, pasando el jarrón rojo en el estante del pasillo. Me miró con un repentino centelleo en los ojos, como si el simple hecho de pasar por la puerta hubiera cambiado su estado de ánimo. “Demasiados ancianos”. Él río, y yo me reí con él. Caminamos por el pasillo, lenta pero suavemente, y esperamos en el ascensor. “¿Adónde vamos de nuevo?”

“Justo abajo al vestíbulo para un paseo por los pasillos.”

“Deberías haber dejado tu abrigo en mi habitación”, dijo, señalando su chaqueta en mi brazo.

“No me importa llevarlo”.

El vestíbulo estaba lleno, al menos para este lugar. Un puñado de familias se sentaba aquí y allá en sofás y sillas, charlando con sus madres y abuelas, ancianos y mujeres en sillas de ruedas y andadores, con tanques de oxígeno, cánulas de plástico cubiertas con orejas y rostros como joyas alienígenas translúcidas. El rostro de Merrill se iluminó cuando vio el vestíbulo, y ese reconocimiento fue tan triste para mí, a su manera, como la confusión que había tenido en su habitación, no porque no quería que fuera feliz, sino por la velocidad con la que pasó de una emoción a otra. Odiaba este lugar, y quería salir, y después de una puerta, un pasillo y un ascensor, lo había olvidado todo. Estaba aquí en un lugar que él reconocía, y no importaba que lo odiara porque ese brillo de reconocimiento ocultaba cualquier otra emoción. Aquí había algo que recordaba, en algún lugar en el que había estado antes, y justo así, él era feliz. Sonrió y saludó a alguien a quien probablemente nunca había conocido, y caminé detrás de él con la chaqueta que había olvidado.

“¿Este lugar tiene un baño?”, Preguntó, y le señalé hacia una puerta en la pared. Entró y me senté a esperar. Un joven estaba sentado en el sofá frente a mí, alguien que creí reconocer, pero no podía estar seguro. Delgado, tal vez de diecisiete años, con un trapo desigual de pelo negro oscuro. Estaba solo, con una expresión muerta, sin emociones, y recordé la preocupación de Rosie por los demás, la forma en que me había buscado en el supermercado, y me incliné hacia delante.

“¿Tienes aquí un abuelo?” pregunté.

Me miró, su rostro ilegible. “Más o menos”.

“¿Es un abuelo o una especie de abuela?”

“Amigo de un amigo”.

Asentí. “Supongo que podrías decir lo mismo de mí”.

No dijo nada y volvió a mirar al espacio. Volví a pensar en Rosie, en la forma en que me había hablado y en el rostro de este chico. Hablé de nuevo. “¿Estás bien?”

Me miró con una nueva expresión, no una emoción, sino un cálculo, como si estuviera tratando de averiguar quién era ese extraño intruso y por qué dicho

extraño pensó que estaba bien hacer tales preguntas de la nada. Se me ocurrió lo peligroso que era mi pregunta, no físicamente, sino socialmente, ya que la respuesta más probable estaba casi garantizada para ser un ataque: él me preguntaba cuál era mi problema, o decía que dejara de molestarlo, o simplemente se levantara y salir. Esperé, tratando de formar algún tipo de defensa o explicación, pero él simplemente me observó, sin decir nada. Después de un momento miró por encima de mi hombro, asintiendo con la cabeza al baño.

“¿Quién es tu amigo?”

“Sólo un tipo”, dije, sorprendido por la pregunta. “Lo conocí hace unos veinte años, justo antes del Alzheimer. En realidad no es el Alzheimer, pero está lo suficientemente cerca. Era un buen hombre y me gustaba”.

“Y ahora todavía lo visita”.

“Es lo menos que puedo hacer”.

La ceja del joven se alzó ligeramente, la primera señal de emoción que había mostrado. “Estoy seguro de que podrías hacer mucho menos si te empeñas en ello”.

Era una broma, de cierto tipo, y me reí, pero más por la aparición súbita de la broma que por su significado. Me hizo sentir de repente oscuro, como un viento frío había soplado a través del vestíbulo. “Te sorprendería lo poco que hay en mi mente” dije, sacudiendo la cabeza. “Otros pocos años y voy a terminar como Merrill, más que probable, sólo un... hombre hueco. Una máquina orgánica, pasando por los movimientos”.

“¿Entonces Vale la pena?”

Por segunda vez en nuestra breve conversación, su pregunta me frenó. Miré al chico con sorpresa. “¿Qué es lo que vale la pena?”

“Venir aquí” dijo. “Cuidar de un hombre que no se preocupa por usted, que no podía preocuparse por usted si lo intentaba. Hacer conexiones con personas que sólo van a desaparecer”.

Me preguntaba qué le había sucedido a este muchacho para jadearlo tan a fondo, pero luego meneé la cabeza. Estábamos sentados en una casa de descanso, rodeados por los últimos jadeos frágiles de cien vidas moribundas. Si conocía a

uno de ellos, si los había visto desaparecer de un ser humano vibrante a una figura lejana y arrastrada... si hubiera escuchado como una vieja y familiar voz olvidó su nombre, esa era toda la respuesta que necesitaba. Estaba roto, porque la vida lo había roto. Reconocí a este chico, porque reconocí esa expresión rota cada vez que me miraba en un espejo.

Miré mi cinturón, mis llaves cerradas con seguridad a mi correa, y me vi en la habitación de Merrill. En la vida de Merrill. ¿Quién me visitaría cuando finalmente lo perdiera todo? ¿Quién me ayudaría a recoger todos los pedazos de mi mente destrozada y a consolarme cuando nevara y recuerde una acera distante y deshilachada? ¿Quién llamaría a mi puerta y se llamaría mi amigo?

Rosie me había hablado en el supermercado. Me vio una vez, durante medio segundo, y ella recordó y me buscó y me encontró de nuevo, semanas más tarde, y se ofreció a ayudar.

El baño se abrió y Merrill salió, y supe que ya me había ido de su memoria. Podía salir por la puerta justo delante de él y ni siquiera sabía que lo habían dejado. Miré al muchacho, pero él ya estaba mirando a otro lado, mirando a la pared. Me puse de pie y me volví hacia Merrill.

“¿Todo listo?”

“Bueno, mira quién está aquí” dijo brillantemente, su frase estándar cuando reacciona a alguien que obviamente lo conocía, para ocultar el hecho de que no los conocía de vuelta.

Le tendí el abrigo. “¿Todavía quieres ir a dar un paseo?”

“No puedo dar un paseo. ¿Has visto la nieve afuera?”

"Ciertamente hay mucha".

Miró por la puerta principal, profundamente preocupado por algo. “¿Quién crees que tiene esas cosas?”

“Tienen un hombre al que pagan para hacerlo” dije, cogiéndolo por el codo. He tocado tan pocas personas en mi vida, casi ninguna de ellas viviendo. Saqué mi mano con una repentina oleada de culpa.

“¿Vivo aquí?”, Preguntó suavemente.

“Tú lo haces. ¿Te gustaría volver a tu habitación?”

“¿Conoces el camino?”

“Claro”. Hice un gesto hacia el ascensor, y empezamos a caminar.

Era lo menos que podía hacer.

## Capítulo Ocho

La reunión de consejería de duelo de Rosie se llevó a cabo en un centro comunitario, en un suburbio fuera de la ciudad. La habitación era utilizada para todo tipo de actividades diferentes, supongo, mirando los carteles y las estanterías y las mesas mal limpiadas de una clase de alfarería. Había cinco personas allí, sentadas en sillas plegables en un círculo suelto en el centro del piso. Todos miraron hacia arriba cuando miré dentro, y los ojos de Rosie se iluminaron cuando ella me vio. Mi corazón se hinchó en respuesta, pero permanecí en silencio y me moví lentamente. No estaba aquí para hablar con ella, sino para quedarme cerca en caso de que los Dotados vinieran en busca de problemas. ¿Es probable que lo hicieran? No aquí, yo sabía, no tan lejos de todo, pero ¿dónde podía protegerla? Era lo menos que podía hacer.

Pensé en el chico de la casa de descanso, y sabía que podía hacer más. ¿Valió la pena hacer conexiones con la gente para que desaparecieran? Tenía que asegurarme de que Rosie no desapareciera.

“Vamos” dijo Rosie, haciendo señas con la mano, y abrí la puerta más de par en par. Se levantó y metió otra silla en el círculo, y vacilé un momento más en la puerta. Sería mejor que me fuera ahora y cortar toda mi comunicación con Rosie. Podría protegerla también de las sombras, esperando afuera y siguiéndola, pero luego dio un paso hacia mí, un solo paso, y no pude evitarlo. Entré en la habitación. Hizo un gesto hacia la silla y me senté en ella con cautela, como si esperara en cualquier momento que la habitación entrara en erupción en el caos, el terror y la muerte.

Todo estaba quieto.

“Bienvenido a nuestro grupo”, dijo, sonriendo suavemente. “Mi nombre es Rose. ¿Te gustaría presentarte?”

Casi dije que Billy estaba en la punta de mi lengua, pero me sorprendí. Sabía que debía irme, pero tomé un respiro lento. “Elijah” dije. “Elijah Sexton”.

“Hola, Elijah” dijo Rosie. “Gracias por venir hoy. Este es un grupo muy abierto; La mayoría de lo que hacemos es simplemente hablar, y todos hemos pasado por algunas de las mismas experiencias difíciles, por lo que nos encontrarás con una

audiencia muy comprensiva. Me dijiste antes que habías perdido a alguien. ¿Quieres hablar de ello?”

Miré a los demás del grupo: una mujer de mediana edad con una cara ancha y siniestra; Un hombre alto y delgado detrás de unos gruesos anteojos negros; Un par de personas mayores que parecían una pareja. Me sorprendió de repente que yo los conociera a todos, que cada una de las personas en esta sesión de consejería de duelo estaba aquí por mi culpa, por alguien que había sido, su padre o su hermana o su amigo. Me sentí abrumado por una sensación de pérdida tan asombrosa que supe que nunca podría esperar superarla ni escapar de ella. Traté de hablar, pero no llegó nada, y sacudí la cabeza con impotencia. “¿Qué se puede decir?”

“Lo que quieras” dijo Rosie. Ella inclinó la cabeza hacia un lado en un gesto de simpatía. “¿A quién perdiste?”

“Mi esposa” le dije, repitiendo lo que le había dicho antes.

“¿Quieres hablar de ella?”

Había muchos, jóvenes y viejos; A veces moría primero, ya veces morían y me dejaban solo. Miré al suelo, con cuidado de no mirarla, e intenté pensar en algo que decir.

Recordé a otra mujer, apenas más que a una niña, toda una vida en las laderas de una gran montaña. Vivíamos en una choza de barro y paja, observando un pequeño rebaño de ovejas en un campo de hierba corta y dura y árboles retorcidos. Ella se rió libremente, y ella trabajó duro, y murió en el parto, y no podía recordar si yo era su marido o si yo era ella. Tal vez yo era ambos, y sus padres, y su hijo. Tomaba muchos entonces.

Rosie y los demás simplemente me observaron, silenciosos y de apoyo, dándome tiempo para pensar antes de hablar.

Abrí la boca, tratando de pensar en una historia que no reconocerían, una historia que Rosie no se vería de inmediato, pero todos eran iguales: alguien se fue y alguien quedó atrás. El mundo era un rompecabezas quebrantado, las piezas desechadas en una pila en el suelo, cerradas sin estar alguna vez conectadas. “¿Vale la pena?” Pregunté de repente. No podía sacar las palabras de ese chico de mi mente. “Pasamos toda nuestra vida haciendo conexiones con personas que inevitablemente, cada vez y sin falta, nos van a dejar. A menos que los dejemos



primero, lo que en realidad podría ser peor. Estamos construyendo una fundación que no puede durar, con materiales que nunca se sostienen, y el tiempo pasa y las montañas se desmoronan y todos mueren, todo el mundo y todo lo que alguna vez fue, y yo... Yo soy tan viejo”. Lo sentí como si nunca lo hubiera sentido antes, el peso de mi vida sin fin, sin edad, tan profunda y tan negra como un pozo sin fondo. Era la edad la que arruinaba a los Dotados, no el tiempo, porque el tiempo era fugaz, sino la edad misma. La incesante acumulación de días y noches y días, de despertar y de hacer y de estar y dormir, una y otra vez, para siempre. “Incluso mis recuerdos se desvanecen”, dije suavemente, mirando las llaves de mi cordón, pero Rosie me detuvo con una sola frase.

“¿Sientes que las cosas duraderas son las únicas que significan algo?”

Habíamos pensado eso una vez, en el principio. Queríamos inmortalidad, y estábamos dispuestos a renunciar a cualquier cosa para conseguirlo. No recuerdo lo que me había rendido, pero sabía que era una parte de mí tan profunda, tan central para mí, que nunca había sido la misma persona desde entonces. Ninguno de nosotros. Habíamos buscado un regalo, pero habíamos llegado demasiado lejos y nos habíamos marchitado en su lugar, como vides muertas que se encogían en un sol brillante del verano.

“¿Dar sentido a qué?” pregunté, sintiéndome amargado y vacío. “Si te doy significado y te mueres, ¿de qué sirve?”

“No puedes darme un significado” dijo simplemente. “No es tuyo dar; Tengo que hacer eso por mi cuenta. Elijah, ¿qué tiene sentido para ti?”

Miré a Rosie, recordando el día que nos casamos, y las largas noches que habíamos pasado enfermas, preocupadas o alegres en los brazos del otro. “Las personas” dije

“¿Y qué pasó cuando esa gente se fue?”

La miré, tan cerca que casi pude tocarla, y mi voz salió en un susurro tenso. “Es mucho peor que simplemente irse”.

Rosie asintió con la cabeza, en silencio un momento, antes de hablar en voz baja. “Una vida puede ser importante porque afecta a otras cosas, y puede tener un propósito a causa de lo que logra, o lo que intenta lograr, y esas son palabras activas. Ellos tienen movimiento y vida detrás de ellos, y cuando alguien muere, esa vida se va, y se siente a veces como el propósito y la importancia va con

ellos”. Sus ojos se llenaron de lágrimas. “El significado es diferente. Una vida tiene significado cuando significa algo a otra persona, y nunca puede hacerlo por sí misma. Significa algo para mí. Para ti. Cuando esa vida se ha ido, nos duele y nos cambia y nos sentimos a veces como si estuviéramos desgarrándonos, pero no importa a dónde vaya la vida, o si llega a ir a ninguna parte, las cosas que significó siguen ahí porque significaba para usted. Y mientras sostienes eso dentro de ti, no es sólo significado, en el pasado, sino significado, en el presente. Ahora mismo. Usted me preguntó si hacer las conexiones valía la pena, y le prometo: es lo único que vale la pena en el mundo”.

## Capítulo Nueve

No sé lo que esperaba de la reunión. Una reunión quizá, aunque sabía que no iba a suceder. En años, tal vez, cuando su pérdida hubiese disminuido... Pero no. Aunque estuviera lista, ya no sería la misma. Incluso podría haberlo olvidado.

Me olvidé de mi camino a casa y manejé en medio de la noche, pensando.

Cuando volví a trabajar, los tres Dotados estaban allí, Gidri e Ihsan y el hombre silencioso. Ted estaba inconsciente en el rincón, con el rostro ensangrentado, e ignoré el alegre saludo de Gidri mientras caminaba hacia el cuerpo de Ted y me incliné para ver su pulso y respiración. Estaba vivo, pero no podía imaginarme que los Dotados quisieran dejarlo así por mucho tiempo. Me enderecé y me volví hacia ellos.

“¿Es tu nuevo plan?” pregunté. “No me uniré a tu ejército, así que matas a mi amigo”.

“Todavía está vivo”, dijo el hombre alto.

“Por ahora” dijo Gidri “Sabes cómo queda el resto de esta propuesta, así que me sentaré y esperaré mientras te lo propongas a ti mismo”. Se sentó en el borde del escritorio, observándome con un oscuro y risueño resplandor en el ojo. Ihsan estaba junto a él, la cicatriz en su rostro era más prominente ahora de lo que era antes, y en el rincón, el tercer hombre, agudo y ominoso, acechaba como una sombra.

“¿Soy realmente tan importante para ti?”, Pregunté.

“Eres nuestro hermano Meshara”.

“Nunca te has preocupado por eso”.

“¿Cómo lo sabes?” Preguntó Gidri, y la sonrisa perversa que se extendía a través de su rostro demasiado guapo era aún más enloquecedor, porque sabía que él tenía razón: tal vez se preocuparon por mí, y se levantó por mí, y yo simplemente no podía recordar porque no podía recordar nada. Toqué las llaves de mi cordón y me encontré recitando la letanía de los cheques de mantenimiento

de los coches de combate. ¿Todavía lo recuerdo todo? ¿Me faltaba algún paso? Ted podría ayudar, pero si no pisaba con cuidado, Ted nunca volvería a hacer nada.

“Queremos que estés de nuestro lado, porque eres uno de nosotros”, dijo Gidri. “Tú perteneces con nosotros, con toda la familia Maldita”.

“¿Maldito?” Dije, mirando con sorpresa. “Pensé que tu lado nos llamó Dotados”.

“Conozco una maldición cuando la veo”, dijo Gidri. “Queríamos una larga vida, suponiendo que sería una buena vida por defecto, y hemos tenido milenios para aprender la verdad de ese error. Pero a menos que estés listo para rodar y morir, ¿qué diferencia hace? Incluso los monstruos pueden defenderse”.

Miré a Ted, inconsciente y ensangrentado. “De los humanos grandes y aterradores”.

“Están más cerca de ganar de lo que piensas”, dijo Gidri. “Si te encontramos, ellos también podrían, y podrían estar observándonos ahora mismo. O alguien más, ¿tal vez? Alguien que poco a poco se inserta en su vida, ganando su confianza, el aprendizaje de sus secretos, esperando el momento de huelga”.

Pensé en Rosie, pero no había manera de que nos cazara. La conocía demasiado bien, mejor, literalmente, de lo que yo mismo me conocía. Ella y Merrill y Jacob eran las únicas personas que conocía. Y Ted. ¿Era Ted?

Miré en la esquina, y fue Jacob. Ted consiguió un nuevo trabajo hace dos años. ¿O era más largo?

Necesitaba una nueva mente, y pronto.

“Pareces confundido”, dijo Gidri.

“Estoy bien”.

“Tu memoria está fallando” continuó. “Necesitas una nueva. Como muestra de buena fe, permítenos proporcionarte una”.

“¿Quién?” pregunté, pero el hombre alto ya se estaba moviendo. Intenté caminar delante de Jacob, pero él era demasiado fuerte, y él me empujó fuera del camino

como una muñeca y se rompió el cuello de Jacob con sus manos. “¡No!” Grité, encontrando por fin mi voz, pero ya era demasiado tarde.

“Necesitaré la piel cuando haya terminado”, dijo el hombre alto, frotando su cara cicatrizada, y su piel se movió anormalmente a través de los huesos debajo de ella, como una máscara. Me hundí al lado de Jacob, sintiendo de nuevo su pulso y respiración, pero él se había ido. Traté de recordar lo bien que lo conocí, pero no podía pensar en los pensamientos. ¿Era un extraño o mi mejor amigo?

Sentí la paranoia arrastrarse, desencadenada por el asesinato, pero con raíces mucho más profundas. Cada sombra era un enemigo; Cada esquina una emboscada. Cuando no puede recordar lo que se esconde más allá de su visión periférica, el mundo se convierte en un madhouse retorcido y amenazador.

Cerré los ojos, la rabia luchando con desesperación. “Has perdido ahora” dije, sacudiendo la cabeza ante su insensibilidad. “Jacob fue mi único amigo, y dijiste que si me unía a él, podría vivir. Ahora no tienes nada que ofrecerme”.

“No estés tan seguro” dijo Gidri, y el hombre de rostro agudo se deslizó silenciosamente hacia el vestíbulo. Gidri sonrió, mostrando sus dientes, y mi corazón se hundió, porque sólo había otras dos personas con las que pudieran sujetarme. “Te habías ido hace mucho tiempo”, dijo Gidri.

“Por favor no”.

Y entonces allí estaba ella.

El hombre de rostro agudo arrastró a Rosie a la oficina, atada y amordazada para mantenerla en silencio en cualquier sala de atrás que la hubiera ocultado. Estaba medio despierta y tropezando, su abrigo desgarrado, su ropa desgredada, su cuero cabelludo sangrando en parches destartados donde alguien la había arrastrado o arrastrado por el pelo. Caminé hacia ella, pero el hombre alto me retuvo, sus manos fuertes como hierro.

“Rosie” dije. Ella me miró con horror de niebla, todavía confundida de ser golpeada inconsciente.

“Usted ve que todavía tenemos un montón de apalancamiento”, dijo Gidri. Se levantó y caminó hacia ella. “¿Quién es ella, Meshara? ¿Alguien de una vida que robaste? ¿Ella sabe lo que eres? ¿O quién crees que eres?” Él la alcanzó y ella retrocedió, volviéndose para correr, pero el hombre afilado golpeó su puño en el

lado de su cara, golpeándola al piso. Avancé hacia adelante, tratando de protegerla, gritando a Gidri para dejarla en paz, pero Ihsan me agarró por detrás, envolviéndome en una parodia de un abrazo, conteniéndome con fuerza profana. Rosie extendió los dedos, tratando de arrastrarse por el suelo, y el hombre de cara aguda golpeó sus dedos con una pesada bota negra.

“Déjala en paz” le dije, tan furioso como yo. Era mi culpa que estuviera aquí, mi contacto con ella, mi intento estúpido, egoísta e imprudente de estar cerca de ella. Me habían estado observando, y sabían que me importaba algo, y ahora lo estaban usando contra mí. “Me uniré a tu ejército” le dije, “haré lo que pidas, solo déjala ir y no vuelvas a tocarla nunca más”.

“Eso empezó como mendicidad” dijo Gidri, “pero cuando llegaste al final, sonaba sospechosamente como una amenaza”. Se movió el dedo, una señal diminuta, casi imperceptible, y el hombre de rostro afilado dio una patada a Rosie en las costillas.

“¡Alto!” Grité, luchando como un loco. “¿Qué quieres que te diga?”

Gidri extendió la mano y el hombre afilado se detuvo, retrocediendo contra la pared. Gidri se agachó y sacó la mordaza de la boca de Rosie, reprimiendo sus sollozos y acariciándole el cabello en pequeños y suaves movimientos. “Shh. Está bien. Cálmate. Dinos tu nombre”.

“Déjeme ir” dijo ella, curvándose protectora.

“Solo dime tu nombre”, dijo suavemente

“Déjala en paz” le dije de nuevo, pero él me ignoró. Ella se encogió de nuevo por el toque de sus dedos en su rostro, pero él tocó su mejilla de nuevo.

“Sólo tu nombre” dijo Gidri.

“Rose” dijo finalmente. Su voz estaba llena de miedo.

“¿Has perdido a alguien cercano a ti, Rose?”

“Esto es enfermo” dije. “Sólo déjala ir”.

“Me has preguntado qué quería que dijeras” dijo Gidri, manteniendo los ojos fijos en Rosie. “Quiero que le digas a esta Rose quién eres”. Él me miró de repente. “Quién eres para ella”.

“No soy nada”. Traté de retorcerse de la mano de Ihsan, pero él me abrazó demasiado fuerte.

“Eres lo contrario de nada” dijo Gidri.

“Entonces soy un dios” dije desesperadamente. “¿Es eso lo que quieres que diga? ¿Tomar mi lugar en tu panteón de monstruos? Soy un dios de la muerte y el miedo” dije, cada palabra astillando mi corazón en mil fragmentos frágiles, viendo la cara de Rosie cambiar y estremecerse de terror. “Soy Meshara, el dios de los sueños y las pesadillas y la memoria”.

“¿A quién perdiste, Rose?” preguntó Gidri.

“Por favor, no” dije. Nunca podría decirle eso. Dejar que ella tenga miedo de mí y aterrorizada de ellos y traumatizada y dañada, pero no destruir su memoria de Billy. Dejarla así al menos.

“Dile quien eres tú” dijo Gidri.

Yo soy el que te ama más que nada en el mundo, pensé, y te protegeré con mi vida. Cerré los ojos y me recosté contra Ihsan, apoyando mi cabeza en su rostro. Se movió incómodo, sin saber cómo reaccionar.

Y entonces empecé a beber.

Dibujé sus recuerdos a través de su piel como sudor, drenando su mente en una carrera que lo congeló en su lugar, inmóvil e indefenso. Olvidó de dónde venía, qué estaba haciendo, y me soltó. Desconsiderado. Olvidó dónde estaba, y quién era. Desinteresado. Se olvidó de cómo soportar, cómo tragar, cómo respirar, y se derrumbó en el suelo.

“Santa Madre” dijo Gidri, y yo le salté, agarrándolo por el brazo, y yo no era sólo yo, sino también el hombre alto, un antiguo guerrero llamado Ihsan, un modelo de poder demasiado perfecto para el mundo. Y yo era grande y yo era glorioso, y estaba orgulloso y asustado y perdido y atormentado. Ihsan conocía el plan de Gidri, sabía que tenía un cuchillo en la bota, y así cuando lo alcanzó estaba listo, y le puse las manos sobre su cabeza y la vacié como una botella, y Gidri dejó de

ser cualquier cosa menos un espasmo un vegetal y abruptamente recordé un odio tan poderoso que me dejé caer de rodillas: el odio por mí, por él mismo, por el mundo entero. Los recuerdos de Gidri se movían por mi mente como gusanos, retorciéndose y mordiendo y convirtiendo todo en suciedad, y luego se hundieron por debajo de la superficie y se fueron, perdidos en las profundidades insondables de mi mente.

El hombre de rostro agudo se levantó, estallando en un bosque de ángulos y cuchillas, golpeándome con una espina marrón que abrió mi pecho como una navaja. Me eché atrás, intentando detenerlo en vano, y creí oír voces en el vestíbulo. El agudo hombre se volvió, escuchando, y saltó de repente a través de la puerta como un sabueso del infierno. Un repentino estruendo de disparos lo detuvo y lo sacudió como una hoja, y al caer, un hombre de negro corrió a la vista para terminarlo con un machete. Rosie estaba gritando, y me las arreglé para ponerme de pie, rezumando cenizas y sangre, y tirar de ella en la esquina detrás de mí. Otra figura de negro, una mujer de piel castaña oscura, se apresuró a pasar la frenética lucha de cuchillas en el pasillo y se metió en la oficina, disparándome con una pistola de gran calibre. Las balas desgarraron a mi lado, destruyendo la pared en una lluvia de madera y yeso. Rosie gritó de nuevo, y la mujer con la pistola se detuvo, sosteniéndonos el arma con una puntería inquebrantable, y habló en la radio atada a su hombro.

“Tengo uno vivo aquí, pero no puedo golpearlo sin lastimar a la mujer”.

“Intenta más” dijo una voz en la radio, y pensé que la reconocía, pero no sabía de dónde.

“Necesito ayuda” insistió la mujer. “Está sanando”.

Miré hacia abajo a mi pecho, viendo como el largo y sangriento corte se cerraba lentamente. La gruesa suciedad negra goteaba de la herida y chisporroteaba en el suelo: alma, marchita y oscura. Traté de hablar, pero mis pulmones aún estaban reformándose; Sentí el grito agrio de ceniza en mi garganta.

“Por favor, no nos disparen” dijo Rosie. No tenía ninguna razón especial para confiar en mí, pero me conocía mejor que estos repentinos invasores con armas y cuchillos, así que se quedó en la esquina detrás de mí.

La pelea en el vestíbulo se había desviado hacia afuera, pero podía distinguir por gritos y rugidos e impactos que seguía estallando. Me pregunté qué tipo de hombre podía soportar tanto tiempo contra un Withered. Volví a mirar a la mujer



con el arma, sabiendo que podía matarme si lo intentaba, y rezando para que mis pulmones se curaran a tiempo para defenderse.

Y entonces el chico de la casa de reposo apareció en la puerta, vestido de negro como los demás, y de repente supe por qué había reconocido la voz en la radio. ¿Por qué estaba aquí? ¿Qué está pasando? Sus ojos estaban alertas, listos y muertos a la vez. Caminaba con un andar extraño, casi tembloroso, como si se estuviera conteniendo a cada paso, pero no podía adivinar de qué. Sus ojos recorrían los cuerpos del suelo, el desorden sangriento de mi pecho, Rosie encogida en la esquina, todos con el mismo desprendimiento depredador. Me miró por un momento, en silencio, luego se inclinó lentamente para agacharse sobre el cuerpo de Gidri.

“¿Los has drenado?” le preguntó.

Fruncí el ceño, confundido. ¿Cómo podría él? posiblemente,

“Sólo puede drenar cadáveres”, dijo la mujer con la pistola.

“Claro que no” dijo el muchacho, y tocó la garganta de Gidri con un dedo pálido. “Si estuvieran muertos, se convertirían en cenizas. Eso significa que él los incapacitó, y drenar sus mentes es la única arma que él tiene”.

El hombre con el machete reapareció en el vestíbulo, cubierto de ceniza grisienta y astillas sangrientas. La pelea había terminado, y había ganado. Sentí una nueva ola de miedo. Éstos eran los que Gidri había hablado, el otro lado de nuestra guerra de la sombra, y eran mucho más capaces que yo había imaginado.

“¿De qué están hablando?” preguntó Rosie.

La mujer con la pistola la ignoró, manteniendo la pistola entrenada firmemente en mi pecho. “El protocolo dice que lo matamos no importa qué”.

“El protocolo puede esperar” dijo el muchacho, y me miró con renovado interés, tal como se miraba un insecto clavado en un tablero. “Estas no son las primeras personas que has drenado sin matar”.

Sentí una ola de vergüenza, el profundo y oscuro secreto de una vida que había arruinado, y ahogué una respuesta a través de mi cruda y desgarrada garganta. “Yo nunca quise matar”. Mi voz era rasguñada y dolorosa, pero yo forcé las

palabras. “Pensé que podía... Sostenerme sin herir a nadie, pero todo estaba mal. Nunca quise hacerle daño”.

“¿A quién?” preguntó la mujer.

“Merrill Evans” dijo el muchacho, y volví a sentir la tristeza horrible de aquella noche, desesperada y apenas sensible, cuando había buscado una mente y sólo encontré a mi amigo, y no pude soportar matarlo, así que había intentado lo que había pensado que era una misericordia, y en su lugar lo había condenado a un infierno. Me hundí de rodillas, deseando poder olvidar, pero esta vergüenza desgarradora era la única cosa que nunca podría permitirme perder. Si olvidara lo que le había hecho a Merrill, podría hacerlo de nuevo a otra persona.

“Tengo un tiro” dijo la mujer.

“Espera” dijo el chico, y se volvió hacia Rosie. “Estamos con una rama especial del FBI, y estamos aquí para rescatarte. Tenemos una ambulancia afuera”. Señaló a la mujer con la pistola. “¿Quieres ir con mi amiga?”

“¿Me dirás qué está pasando?” preguntó Rosie.

“Fuera”, dijo el niño, y después de un momento de vacilación Rosie caminó alrededor de mí y tomó la mano de la mujer, moviéndose hacia el pasillo, pero luego se detuvo en la puerta. La mujer tiró de su brazo, pero Rosie se detuvo para mirarme una última vez. Abrió la boca para hablar, pero luego se volvió y se fue sin decir una palabra. Otra conexión cortada, otro amado desaparecido para siempre.

El último pedazo de mi corazón se rompió, y volví a mirar al muchacho con los ojos muertos.

“¿Cómo supiste de nosotros?” pregunté.

“Tenemos lo que podríamos llamar un informante”.

“¿Alguien marchito?”

“Amigo de un amigo”.

Asentí, viendo cómo las piezas encajaban lentamente, pero todavía había mucho que no entendía. “¿Quién eres tú?”

“Me llamo John Cleaver” dijo el muchacho, y sus ojos muertos se iluminaron con los contornos huecos de una sonrisa. “Psicópata profesional”.

“¿Por qué no me mataste?”

“La guerra de la que supongo que Gidri te advirtió es real” dijo John. Hizo un gesto a la carnicería de la habitación. “Supongo que no te gustó su oferta, así que me gustaría que escucharas la mía”.

Recordé una noche sin estrellas en una montaña antigua, y otra oferta que nos había condenado a todos. Diez mil años de pérdida y dolor.

Pero también recordé a Rosie. Nuestro primer beso. Cien mil amores de cien mil vidas. Podría esconderme, o podría dar sentido a esas vidas.

Cerré los ojos y soñé con la muerte.

## **Sobre el Autor**

Cuando Dan tenía cinco años, obtuvo autógrafos tanto de Darth Vader como de Rogers. Posee más de 300 juegos de mesa. Ha visitado quince países diferentes y ha vivido en tres. Se le diagnosticó hipocondría cuando era niño, pero en su mayoría se ha ido. Él memoriza la poesía para la diversión. Él comerá casi cualquier cosa por lo menos una vez. Recoge lazos feos. Está aterrorizado por las agujas, la mediocridad y la demencia senil. Cuando muere, su esposa tiene instrucciones específicas para interpretar "No te detengas hasta que consigas suficiente" de Michael Jackson en su funeral.

Visita Dan en la web en [www.thedanwells.com](http://www.thedanwells.com)